



cion, el partido más vergonzoso prevaleció en su alma, y la ambición triunfó del deber, como sucede casi siempre cuando se delibera entre lo útil y lo honesto. Quiso, sin embargo, colorear su alevosía, exigiendo que se consultara antes á algunos sabios casuistas para saber «si un súbdito podía legítimamente armarse contra su soberano inmediato, por obedecer al señor feudal de quien el mismo Estado dependía.» La decisión de los teólogos y juriscónsultos de Roma y de Milan correspondió á su espectación; los tratos continuaron, y pareció tomarse con calor todas las medidas convenientes para acelerar la ejecución de este gran designio.

Pescara, no obstante esto, asustado de la atroz perfidia que iba á cometer, desesperando tal vez del éxito, comenzaba á fluctuar, y á pensar los medios de romper los empeños que había contraído. Habiéndole asaltado al mismo tiempo, á Sforzia una enfermedad, que se creyó mortal, esta circunstancia acabó de determinar á Pescara á revelar toda la conspiración: creyó por más prudencia aguardar del emperador el ducado de Milan, como una recompensa del secreto que le descubriría, que procurar apoderarse de él por una cadena de crímenes. Esta resolución le arrastró á pesar suyo á la necesidad de cometer muchas acciones no menos criminales é infames. El emperador, informado ya de toda la conspiración, pareció muy satisfecho de la fidelidad de Pescara, y le mandó continuar por algún tiempo sus intrigas con el papa y Sforzia, á fin de descubrir más á fondo todas sus miras, y poder convencerlos de su delito con mayor certidumbre. Pescara, que se sentía culpado, y no podía disimularse cuán sospechoso debía parecer en Madrid su largo silencio, no se atrevió á rehusar esta odiosa comisión; y para su vergüenza eterna se vió obligado á representar el más vil papel, el de seducir para faltar á la fe. Si se atiende á la penetración de los hombres con quienes tenía que habérselas, se encontrará que su figura era no menos árdua que deshonrosa; mas la desempeño con mucha maña, y supo engañar la perspicacia de ingenio de Moron mismo, que lleno de confianza en la palabra y fe de Pescara, pasó

á buscar á Navarro para dar la última mano á su trato. Pescara le recibió en un cuarto, en donde Antonio Leyva se había ocultado detrás de la colgadura para oír su conversación y servir de testigo. Al salir Moron de la casa para volver á la suya, fué arrestado con gran pasmo suyo por Leyva, que le prendió en nombre del emperador. Le condujo al castillo de Pavia, y Pescara, que acababa de ser su cómplice, tuvo la audacia de interrogarlo como su juez. Al mismo tiempo el emperador declaró á Sforzia decaído de todos sus derechos al ducado de Milan, por haber entrado en una conspiración contra el soberano de quien lo poseía; y por su orden, Pescara se apoderó de todas las plazas del Milanés, ménos de Cremona y de Milan, que el desgraciado duque quiso tentar á defender, y que fueron bloqueadas sin demora por las tropas imperiales.

Aunque el mal éxito de esta conspiración, encaminada á despojar al emperador de sus posesiones de Italia, no hubiese servido más que para dilatar estas mismas posesiones, conoció la necesidad de avenirse con el rey de Francia, si no quería atraerse todas las fuerzas de la Europa, asustada universalmente por los progresos de sus armas, y la ambición insaciable que no cuidaba ya encubrir. Hasta entonces, lejos de tratar á Francisco con la generosidad que este monarca merecía, apenas tenía con él las atenciones debidas á su esfera. En vez de conducirse con los sentimientos de príncipe verdaderamente grande, dejó ver la sutileza de un corsario codicioso, que espera, con maltratar á su prisionero, forzarle á pagar más caro su rescate. El rey estaba confinado en un alcázar viejo, bajo de la vigilancia de una guardia rígida, cuya atención severa y prolija hacia su cautiverio todavía más duro. No se le permitía más ejercicio que el de montar en una mula, rodeado de soldados de caballería armados. Carlos, bajo del pretexto de que no podía eximirse de asistir á las Cortes congregadas en Toledo, fué á residir en esta ciudad y dejó pasar muchas semanas sin visitar á Francisco en su prisión, á pesar de las instancias urgentes y reiteradas de este infeliz príncipe. Tantas indignidades hicieron una impresión honda en



el alma de un monarca noble y sensible; perdió enteramente el gusto á sus diversiones ordinarias; la alegría natural de su corazón le abandonó, y después de algún tiempo de languidez fué atacado por una calentura peligrosa. No hacia sino quejarse en la violencia de sus accesos del rigor inesperado y ultrajante con que se le trataba, y repetía á menudo que el emperador tendría pronto la satisfacción de haberle dejado morir en su prisión sin haberse dignado visitarle una sola vez. Al cabo, los médicos desesperanzaron de su vida y advirtieron al emperador que no quedaba otro medio de salvarle que concederle la petición de que su imaginación estaba herida tan vivamente. Carlos, deseoso de conservar una vida á la que estaban vinculadas todas las ventajas que esperaba sacar aún de la victoria de Pavia, consultó en el mismo hecho á sus ministros sobre lo que debía hacer. En vano el canciller Gattinara, el más instruido y experimentado de todos ellos, le representó la indecencia de visitar á Francisco, si no estaba dispuesto á restituírle sin dilación la libertad bajo de condiciones razonables; en vano le dió á conocer el oprobio de que iba á cubrirse, si la avaricia ó la ambición sola le determinaba á manifestar á este rey cautivo una señal de atención y de interés, que la generosidad y la humanidad habían solicitado tanto tiempo sin buen éxito: el emperador, ménos delicado que su ministro, y ménos ansioso de este linaje de gloria, partió para Madrid á ver á su prisionero. La conferencia fué corta; Francisco se hallaba demasiado débil para sostener una larga conversación.

El emperador le habló en términos muy afectuosos y de estimación; le prometió que recobraría pronto su libertad y que se le trataría en el interin con todos los miramientos debidos á un rey. Esta acción de Carlos le hubiera hecho el mayor honor, si sus motivos hubieran sido más puros. Francisco creyó fácilmente sus promesas en el estado de debilidad en que se hallaba; reanimado por un rayo de esperanza, comenzó desde este momento á restablecerse y recobró en breve sus fuerzas y salud.

Este príncipe tuvo á poco la mortificación de ver que había dado segunda vez con sobrada ligereza su confianza con el emperador. Carlos había vuelto á Toledo inmediatamente después de su visita; todas las negociaciones eran guiadas por sus ministros, y se custodiaba á Francisco tan estrechamente como nunca. Una nueva indignidad, pero de las más crueles, colmó á todas las que había experimentado ya. Borbon acababa de aportar á España; Carlos, que había rehusado por tanto tiempo una visita al rey de Francia, hizo al vasallo rebelde los honores más distinguidos. Salió á recibirle fuera de las puertas de Toledo, le abrazó cariñosamente, y colocándole á su izquierda, le condujo con pompa á su habitación. Estas atenciones afectadas con Borbon eran otras tantas afrentas al desgraciado monarca, que le llegaron al alma en realidad vivamente. Una cosa en medio de esto sirvió un poco á consolarle; observó que el modo de pensar de los españoles era muy diferente del de su soberano. Esta nación generosa detestaba el crimen de Borbon; y, á pesar de sus talentos superiores é importantes servicios, los nobles evitaban todo trato con él. Habiendo Carlos suplicado al marqués de Villena que hospedara á Borbon en su palacio mientras la residencia de la corte en Toledo, el marqués le respondió cortesmente que no podía negar á su rey lo que deseaba; mas añadió con toda la entereza de un castellano, que este príncipe no se admirara si abrasaba su palacio hasta los cimientos luego que el condestable saliera de él, porque una casa manchada con la presencia de un traidor, no era ya digna de habitarse por un hombre de honor.

El emperador no manifestó ménos celo por recompensar de una manera ruidosa los servicios de Borbon; mas se hallaba muy embarazado acerca de la elección de la recompensa. Borbon requería ante todas cosas el cumplimiento de la promesa que Carlos le había hecho de darle en matrimonio á su hermana Leonor, reina viuda de Portugal, y le traía á la memoria que el honor de este parentesco era el principal motivo que le había llevado á revelarse contra su legítimo soberano. Francisco, por su parte, para atajar esta peligrosa unión, había



ofrecido antes de partir de Italia desposarse con dicha princesa, que manifestaba mucho más gusto por el enlace de un rey poderoso que por el de un vasallo desterrado. Tales consideraciones diversas causaban en el alma del emperador mucha incertidumbre difícil de conciliar. La muerte anticipada de Pescara, que dejaba á la edad de treinta y seis años la reputacion de haber sido uno de los mayores generales y más hábiles políticos de su siglo, llegó muy á tiempo para sacar al emperador del apuro. Esta muerte hacia vacar el mando del ejército de Italia, y Carlos, siempre fecundo en recursos, persuadió á Borbon, que no se hallaba en estado de resistir á sus gustos, aceptára el título de general en jefe de este ejército con la soberanía del ducado de Milan, confiscado á Sforcia, con tal que renunciára al proyecto de desposarse con la reina de Portugal.

El principal impedimento que retardaba la libertad de Francisco, era la restitucion de la Borgoña. Carlos no queria ceder sobre este artículo, y declaraba que no soltaria á su prisionero sino despues de haberse sentado esta condicion preliminar. Francisco repetia siempre que no podia determinarse á desmembrar su reino, y que aun cuando él olvidára los deberes de un monarca hasta el punto de asentir á ello, las leyes fundamentales del reino se opondrían á este desmembramiento; consentia de buena gana en ceder absolutamente al emperador todos sus derechos y pretensiones á la Italia y Países-Bajos; prometia asimismo restituir á Borbon todas las tierras que se le habian confiscado; renovaba la oferta de casarse con la princesa Leonor; en fin, se obligaba á pagar un rescate cuantioso. Mas toda confianza y estimacion mútua entre los dos monarcas se destruyeron desde entónces para siempre. Por un lado se veian los esfuerzos de una ambicion codiciosa, determinada á aprovechar todas las circunstancias favorables; por otro, la sospecha y el conono tenian perpétuamente á Francisco sobre aviso; de suerte que la conclusion de estas largas negociaciones apareció más distante que nunca. La duquesa de Alenzon, hermana del rey de Francia, á quien Carlos habia permitido ver á su hermano en la prision, empleó

toda su maña para obtener su libertad bajo de condiciones más razonables. Enrique, por su parte, añadió sus buenos oficios; mas ambos, con tan poco fruto que Francisco, tomó de repente por abatimiento de ánimo la resolucion de renunciar su corona con todos sus derechos en el delfin, su hijo, determinado á finalizar el resto de sus dias en la prision, antes que rescatar su libertad por concesiones indignas de un rey. Firmó una acta revestida de todas las formalidades necesarias, y dió poder á su hermana para llevarla á Francia, á fin de registrarla en todos los parlamentos de su reino; declaró al mismo tiempo sus intenciones al emperador, suplicándole que fijára el lugar de su arresto y le dispusiera una casa conveniente á su calidad para el tercio de sus dias.

Esta resolucion extraordinaria del rey de Francia hizo fuerte impresion en el ánimo de Carlos: comenzó á temer que un excesivo rigor le hiciera malograr su intento, y que en vez de las grandes ventajas que contaba sacar del rescate de tan poderoso monarca, se encontrára al fin con no tener en sus manos sino á un príncipe sin Estados y sin rentas. Acaeció al mismo tiempo que uno de los criados del rey de Navarra, por esfuerzos singulares de fidelidad, de valor y de maña, facilitó á su amo la ocasion de evadirse de la prision en que estaba encerrado desde la batalla de Pavía.

Esta fuga convenció al emperador de que la vigilancia de sus oficiales, por cuidadosa que fuera, podria bien ser burlada por la destreza ó aliento de Francisco ó de sus criados, y que una hora malhadada podia hacerle perder toda la utilidad que habia procurado asegurarse por tantos desvelos. Estas consideraciones le determinaron á aflojar un poco en sus primeras peticiones; por un lado, la impaciencia de Francisco y el tedio de su prision se aumentaba todos los dias: ciertos avisos que recibió de una liga poderosa que se formaba en Italia contra el emperador le dispusieron á ceder más, confiado en que si podia una vez obtener su libertad, se hallaria pronto en estado de recobrar todo lo que hubiera concedido.

Así se acercaron las miras y opiniones de ambos monarcas, y se firmó en Madrid el 14 de



Enero de 1526 el tratado que proporcionó á Francisco su libertad. Se asentó el artículo concerniente á la Borgoña, y que habia ocasionado hasta entónces la mayor dificultad. Francisco se obligó á restituir este ducado con todas sus dependencias, para que el emperador lo poseyera con toda soberanía; pero como Carlos consentia en restituir á Francisco su libertad, antes de cumplirse esta restitucion, se estipuló, á fin de asegurar el cumplimiento de este artículo como de todos los demas, que Francisco, en el instante que se le diera soltura, entregaria al emperador en rehenes á su hijo primogénito el Delfin, al duque de Orleans, su segundo, ó en lugar del último, á doce principales señores que Carlos nombraria á su eleccion.

Este tratado contenia asimismo un crecido número de artículos en extremo rigurosos, aunque ménos importantes que los anteriores. Los más notables eran que Francisco renunciaria á todas sus pretensiones de Italia; que cederia todos sus derechos á la soberanía de Flandes y de Artois; que seis semanas despues de su libertad, volveria á Borbon y á sus partidarios todos sus bienes, muebles é inmuebles, con un resarcimiento completo de las pérdidas que habian sufrido por la confiscacion; que emplearia todo su crédito con Enrique de Albret para forzarle á abandonar sus pretensiones á la corona de Navarra, y que no le daria en adelante ninguna especie de auxilio para recuperarla; que habria entre el emperador y Francisco una alianza de amistad y de union perpétua, con promesa de socorrerse mútuamente en todos los lances necesarios; que para fortalecer esta union, Francisco casaria con la hermana del emperador, reina viuda de Portugal; que Francisco mandaria ratificar todos los artículos del tratado por los Estados de su reino y los haria registrar en sus parlamentos; que inmediatamente que el emperador recibiera la acta de esta ratificacion, pondria en libertad á los rehenes; pero que en su lugar se le enviaria á Carlos, duque de Angulema, tercer hijo del rey de Francia, para educarlo en la córte imperial, á fin de manifestar por este medio y cimentar más la amistad que debia reinar entre ambos

monarcas; y que si Francisco no cumpliera en los plazos señalados todos los artículos de este tratado, se obligaria, bajo de palabra de honor y por juramento, á regresar á España para permanecer en ella prisionero del emperador.

Carlos se lisonjeaba por este tratado, no sólo haber abatido á su rival, mas tambien haber tomado todas las precauciones propias para impedirle recobrar jamás bastante prepotencia para hacerse temible. Los mejores políticos del siglo no juzgaban así; no podian persuadirse que Francisco, una vez libre, se sometiera á condiciones que habia desechado tanto tiempo, y que habia aceptado con la mayor repugnancia, aun en medio de los horrores de su cautiverio. La ambicion y el resentimiento, decian ellos, le arrastrarán bien pronto á violar unos empeños tiránicos impuestos por la fuerza; y encontrará con facilidad bastantes razones y casuistas para demostrar que la justicia y la necesidad no pueden ménos de estar en donde se halla una utilidad tan manifiesta. Si se hubiera sabido entónces la accion secreta que Francisco acababa de hacer, se habria visto que esta opinion no era una vana conjetura. Algunas horas antes de firmar el tratado, Francisco juntó los consejeros que tenía en Madrid; y despues de exigirles el secreto bajo de la fe de un juramento solemne, hizo en su presencia una larga enumeracion de los artificios vergonzosos, y de los tratamientos tiránicos, que el emperador habia usado para seducirlo ó intimidarlo: en consecuencia, hizo una protesta formal en manos de notarios contra el consentimiento que iba á dar al tratado, como una acta involuntaria, que debia reputarse por nula y de ningun efecto. Así, por este artificio tan contrario á la buena fe, y que los malos tratamientos que habia sufrido, no pueden justificar, Francisco creyó satisfacer á un tiempo á su honor y á su conciencia, firmando por un lado el tratado, y proporcionándose por otro pretextos para violarlo.

En el entretanto, ambos monarcas se prodigaban exteriormente todas las demostraciones de confianza y de amistad: se presentaban muchas veces juntos en público; tenian en particular frecuentes y largas conversaciones; via-



jaban en una misma litera; y se recreaban en compañía con las mismas diversiones. Más en medio de estas señales de buena armonía, el emperador alimentaba sospechas en lo interior de su corazón; aunque las ceremonias del himeneo de Francisco con la reina de Portugal se hubieran hecho inmediatamente después de la conclusión del tratado, Carlos no quiso permitir la consumación hasta que la acta de ratificación llegara de Francia. Francisco no gozaba aún todavía de franca libertad; sus guardias no le dejaban solo; mientras se le acariciaba como cuñado del emperador, se le vigilaba como su prisionero; y los observadores atentos veían claramente que una unión, mezclada desde su origen con tantos síntomas de desconfianza y de recelos, no podía ser sincera y duradera.

Un mes después de firmado el tratado se trajo de Francia la ratificación de la regenta: esta prudente princesa antepuso en esta ocasión el bien público á su ternura maternal. Informó á su hijo que en vez de los doce principales señores nombrados en el tratado enviaba al duque de Orleans con el Delfín su hermano á la frontera de España, porque juzgaba ella que el estado no padecería por la ausencia de un niño, en vez de que quedaría indefenso, si se le privaba de sus mayores estadistas, y de sus más hábiles generales, que Carlos había comprendido diestramente en el nombramiento de los rehenes.

Al cabo, Francisco se despidió del emperador, cuya desconfianza aumentaba á medida que veía aproximarse el momento de la ejecución del tratado. Para asegurarse más y más de la fidelidad de su prisionero, Carlos exigió nuevas promesas que el rey de Francia añadió sin dificultad á todas las que había hecho ya. Francisco dejó á Madrid con la alegría que es fácil imaginar: esta villa le traía á la memoria demasiadas ideas aflictivas para que no le fuera odiosa. Comenzó este viaje, tanto tiempo deseado, que le volvía á su tierra, escoltado por un cuerpo de caballería al mando de Alarcon, cuya atención y vigilancia iban á más al paso que se acercaba á la raya de Francia. Cuando el convoy llegó al río Bidasoa, que separa á am-

bos reinos, Lautrec apareció á la orilla opuesta con una escolta de caballería igual en número á la de Alarcon. Una barca vacía estaba amarrada en medio del río; ambas tropas se pusieron en fila una frente á otra en las dos márgenes: Lannoy se adelantó al mismo instante de la ribera española con ocho caballeros, y Lautrec de la ribera francesa con otros ocho. El primero tenía al rey en su barca; el segundo en la suya al Delfín, y al duque de Orleans: se reunieron en la barca que estaba desocupada, y se hizo el cange en un momento.

Francisco, después de haberse dado prisa á abrazar á sus dos hijos, saltó en la barca de Lautrec, y llegó á la orilla de la ribera de Francia. Montó al instante en un caballo turco, y parte al mayor galope, moviendo su mano con violencia encima de su cabeza, y gritando muchas veces con enajenamiento de gozo: *Todavía soy rey*. Llegó bien pronto á San Juan de Luz, y de allí, sin detenerse, á Bayona. Este acontecimiento, por el que la nación francesa anhelaba con tanta impaciencia como el rey mismo, sucedió el 18 de Marzo, un año y veintidos días después de la batalla de Pavía.

Luégo que el emperador se despidió de Francisco, y le permitió ponerse en camino para volver á sus dominios, partió para ir á Sevilla á celebrar su desposorio con Isabel, hija del difunto rey de Portugal, Manuel, y hermana de Juan III, su sucesor al trono. Esta princesa agregaba á una hermosura singular las mayores prendas. Las Cortes de Castilla y de Aragón instaban vivamente y desde largo tiempo á su soberano que se casara; la elección que hizo de una esposa emparentada tan de cerca con la sangre real de ambos reinos, gustó con extremo á sus súbditos. Los portugueses, lisonjados de este nuevo enlace con el primer soberano de la cristiandad, dieron á Isabel un dote extraordinario que subía hasta 900.000 coronas. Esta cantidad fué de un gran socorro al emperador en las circunstancias en que se hallaba. Se celebraron las nupcias con toda magnificencia y alegría propias de un monarca joven y poderoso. Carlos vivió en la más perfecta unión con Isabel, y la trató siempre con mucho miramiento y distinción.



Carlos había estado demasiado ocupado en España por estos movimientos diversos para poder desvelarse por los asuntos de Alemania: esta parte de sus dominios estaba, sin embargo, turbada y despedazada por facciones, que daban lugar á recelar las más funestas consecuencias. Las instituciones feudales subsistían aún casi sin alteración en el imperio. La propiedad de las tierras paraba en manos de los barones, de quienes sus vasallos las poseían con las condiciones más onerosas: el resto de la nación vivía en un estado de opresión, que no valía más que una servidumbre absoluta. En otras provincias, particularmente en la Bohemia y Lusacia, los labradores estaban aligados á la tierra del señor, á quien pertenecían y componían parte de la heredad, con la que pasaban, como cualquiera otro inmueble, de un propietario á otro. Hasta en la Suabia y en los países de las márgenes del Rin, en donde su naturaleza era más soportable, los hombres del campo ó colonos estaban obligados, no sólo á entregar al señor todo el producto de sus granjas; cuando querían mudar de domicilio, ó tomar otra profesión, era preciso que pagaran cierta suma para obtener su libertad. Las gentes del campo á quienes se concedían tierras, no podían disfrutarlas sino vitaliciamente: jamás pasaban á su posteridad; en su muerte, el señor tenía derecho á escoger y tomar de sus muebles lo que le gustaba; y los herederos, para obtener la renovación del arrendamiento, estaban obligados á pagar grandes cantidades en forma de multa. El hábito y el uso hacían soportar sin murmuración á esta desgraciada clase de hombres tan enormes exacciones; mas cuando el adelantamiento de la urbanidad y del lujo, y las mudanzas introducidas recientemente en el modo de guerrear aumentaron los gastos del gobierno, los príncipes se vieron precisados á imponer á sus pueblos contribuciones, ya fijas, ya accidentales: entonces estas cargas parecieron insostenibles por su misma novedad; y como los tributos se cargaban en Alemania principalmente sobre el vino, cerveza y demás comestibles de primera necesidad, se hicieron sentir más vivamente del pueblo, y lo precipitaron al cabo en el último grado de de-

sesperación. Los suizos, excitados por el resentimiento que les inspiraron semejantes impuestos, se proporcionaron por su valor en el siglo XIV la libertad que gozan. Igual causa había sublevado á los labradores de otras muchas provincias de Alemania contra sus señores á fines del siglo XV y principios del XVI; y aunque estas insurrecciones no hubieran tenido igual feliz éxito, costó mucha sangre y trabajo apaciguarlas.

Los primeros reveses de estos aldeanos los habían contenido algún tiempo sin abatirlos: viendo que la opresión se aumentaba todos los días, corrieron á las armas con todo el furor de la desesperación. La señal de una rebelión general apareció cerca de Ulm, en Suabia, en 1526. La gente del campo de las comarcas vecinas corrió en tropel con todo el ardor é impaciencia naturales á hombres que, gimiendo desde largo tiempo bajo del yugo más duro, creen al fin vislumbrar el momento favorable, que va á librarlos de él. El mismo espíritu de sedición se extiende de provincia en provincia y discurre por casi toda Alemania. A nada perdonan; por donde penetran estos furiosos, pillan los monasterios, talan las tierras de sus señores, demuelen sus castillos y asesinan sin piedad á todos los nobles que tienen la desgracia de caer en sus manos.

Cuando creyeron haber intimidado á sus opresores con estas violencias, inquirieron más tranquilamente los medios de asegurar su efecto y de libertarse para en adelante de la misma tiranía. Con esta mira redactaron y publicaron una memoria que contenía todas sus peticiones, y declararon que no dependían las armas hasta haber obligado á todos los nobles á satisfacerlos de grado ó por fuerza sobre cada uno de los artículos, cuyos principales eran: pedían que se les dejara la libertad de nombrar sus curas párrocos; que no se les cobrara ya otros diezmos que el del trigo; que no se les mirara en adelante como esclavos ó siervos de sus señores; que se les dejara, cual á los nobles, el derecho de caza y de pesca; que los grandes bosques no fuesen ya propiedades particulares y exclusivas, sino quedaran abiertos y comunes á todos; que se les descargara de las contribu-